

La Comédiathèque

*Encuentro
en el andén*

Jean-Pierre Martinez



comediatheque.net

**Este texto se ofrece gratuitamente para la lectura.
Antes de cualquier explotación pública, profesional o aficionada,
se debe obtener la autorización de la SACD :
www.sacd.fr**

Encuentro en el andén

Jean-Pierre Martinez

En el andén de una pequeña estación de cercanías, un hombre y una mujer que no se conocen esperan el tren que los llevará hacia el nuevo destino que han elegido mutuamente. Pero este tren de las 8:30, que solían tomar en el pasado, ha sido cancelado. El próximo tren llegará recién dentro de tres horas. Esto les brinda una oportunidad de un encuentro improbable que podría cambiar el rumbo de sus vidas...

Reparto

Alex
Sara

El andén desierto de la parada de tren en un pueblo de las afueras lejanas. El borde de escenario representa la vía. En segundo plano, un banco. Un hombre llega con una maleta de viaje. Deja la maleta y mira su reloj. Finalmente se sienta en el banco y espera. Una mujer llega arrastrando una maleta con ruedas. Ve el banco, duda, pero decide no sentarse. Fingen ignorarse mutuamente. Ella también mira su reloj y espera. Después de un rato, él vuelve a mirar su reloj, se levanta, da unos pasos y luego regresa hacia la mujer.

Alex – Disculpa, ¿me puedes decir qué hora es, por favor?

Ella duda un poco, desconfiada, luego mira su reloj antes de responderle, sin siquiera sonreír.

Sara – Son las 8:31.

Alex – Gracias.

Se aleja unos pasos. Ambos esperan. Ella comienza a mostrar signos de impaciencia también. Él vuelve hacia ella.

Sara – Normalmente, siempre llega a tiempo...

Alex – A menos que estén en huelga, obviamente.

Sara – ¿Están en huelga?

Alex – No que yo sepa...

Un momento.

Sara – ¿Ya habrá pasado...?

Alex – No lo creo.

Sara – Como tú estabas aquí antes que yo... ¿No lo viste pasar?

Alex – Si lo hubiera visto, habría subido, ¿no?

Sara – Podría haber pasado... y no haberse detenido.

Alex – ¿No haberse detenido?

Sara – En realidad, esto no es una estación aquí. Es solo una parada. No todos los trenes se detienen.

Alex – El de las 8:30 siempre se detiene.

Sara – Sí...

Alex – Llegué alrededor de las 8:25, no vi pasar ningún tren.

Sara – Entonces aún no ha llegado... (*Un momento*) A menos que ya haya pasado...

Alex – ¿Antes de las 8:25? ¿El tren de las 8:30?

Sara – Tienes razón... Los trenes con retraso existen, pero trenes que salen antes de la hora...

Alex – Apenas son las 8:33, aún puede llegar.

Ella se sienta en el banco. Él permanece de pie. Esperan.

Sara – O tal vez lo hayan eliminado.

Alex – ¿Eliminado? ¿El tren de las 8:30? Siempre ha habido un tren a las 8:30. ¿Por qué lo habrían eliminado?

Sara – No lo sé... Tal vez porque no había suficiente gente.

Alex – ¿Tú cree que no hay suficiente gente?

Sara – Solo somos dos...

Alex – Es cierto que normalmente hay más gente que esto. Es extraño...

Sara – De hecho, si solo somos dos... tal vez sea porque lo eliminaron, precisamente... y somos los únicos dos que aún no nos hemos enterado...

Alex – ¿Tú crees?

Sara – No lo sé.

Alex – No es una estación, pero bueno... Los horarios deben estar anunciados en algún lugar...

Sara – Sí, seguro...

Alex – Hay un panel justo en la entrada, al lado del paso a nivel.

Sara – Donde solían vender los boletos antes. Pero no ha habido nadie detrás del mostrador por mucho tiempo.

Alex – Comenzaron por eliminar el mostrador, luego eliminaron trenes, luego eliminaron la estación, y finalmente eliminaron la línea.

Sara – Los horarios deben estar anunciados allí.

Alex – Sí.

Un momento.

Sara – ¿No vas a ver?

Alex – Está al otro lado de la vía. Imagine que el tren llega mientras estoy mirando el panel.

Sara – ¿Y entonces?

Alex – No podría cruzar de nuevo y perdería mi tren.

Sara – Un poco antes de la llegada del tren, se escucha una campana y la barrera se baja. Tendrías tiempo de cruzar de nuevo.

Alex – En principio, está prohibido. Quiero decir... cruzar las vías después de la señal sonora.

Sara – Sí... en principio.

Alex – Además, puede ser peligroso.

Sara – Bueno... entonces esperamos.

Alex – Cuando era niño, con mi hermanito, cruzamos así, cuando ya sonaba la señal. Mi hermano perdió su zapato en medio de las vías. Quiso regresar a buscarlo cuando el tren se acercaba y... (*Ella lo mira horrorizada*) Lo agarré del brazo en el último momento y se salvó, por suerte. El zapato, en cambio...

Ella parece un poco irritada por esta salida dramática falsa. Esperan un momento. Ella hace un gesto como si fuera a irse.

Sara – Voy a ir a ver.

Alex – Déjame, yo voy. Con tus tacones...

Se aleja y sale del escenario. Ella mira en la dirección en la que se supone que llegaría el tren. Espera. Él regresa.

Sara – ¿Y bien?

Alex – Lo han suprimido.

Sara – ¿Qué? ¡No puede ser!

Alex – Los nuevos horarios están allá. No hay tren a las 8:30.

Sara – ¿Y no hay otro?

Alex – Había un tren a las 8, ya pasó. Y el siguiente es a las 11:30.

Sara – ¡11:30! ¡Pero eso es en tres horas!

Un momento.

Alex – Había un tren a las 8:30, estoy seguro.

Sara – Yo también. Por eso no verifiqué...

Alex – Lo han suprimido... Mierda... Han suprimido el tren de las 8:30.

Un momento.

Sara – Tres horas... Tengo una conexión en veinte minutos...

Alex – Yo también... (*Una pausa*) Te ofrecería compartir un taxi, pero...

Sara – Un taxi por aquí...

Alex – A pie es demasiado lejos. De todas maneras no llegaríamos a tiempo para nuestra conexión.

Sara – Especialmente con mi maleta... Y además no tenía previsto zapatos para caminar.

Alex – Creo que nuestra conexión se ha arruinado.

Sara – No podemos quedarnos aquí esperando durante tres horas...

Alex – Si tienes otra solución...

Se escucha un estruendo de trueno, seguido de un relámpago.

Sara – Espero que al menos no empiece a llover. Ni siquiera hay un lugar para refugiarse...

Alex – Te ofrecería un café, pero...

Sara – El primer café está a una hora de caminata. Apenas tendríamos tiempo de ir y volver.

Alex – No pensé en traer un paraguas. ¿Tienes uno?

Sara – No...

Un momento de silencio.

Alex – Voy a intentar hacer autostop, ¿te animas?

Ella vacila, todavía cautelosa.

Sara – No, gracias. Prefiero esperar aquí.

Alex – Como quieras.

Se aleja y sale. Ella mira al cielo amenazante. Espera. Después de un rato, saca un libro y se sumerge en su lectura. Él vuelve.

Alex – ¿Qué estás leyendo?

Ella se sobresalta.

Sara – Me asustaste...

Alex – Lo siento. Entonces...

Sara – Nada... Todavía no se ve ningún tren en el horizonte...

Alex – Me refería a tu libro.

Sara – Ah, sí... (*Le muestra el libro*) Encuentro en un andén...

Alex – Es apropiado.

Sara – Es una obra de teatro...

Alex – ¿Te interesa el teatro?

Sara – Un poco. ¿Desististe del autostop?

Alex – De todas formas... no hay ningún auto que pase a esta hora. Y además...

Sara – Sí?

Alex – No quería dejarte sola.

Sara – Gracias, pero... no hacía falta.

Alex – Hace años que no hago autostop. Ya no me siento cómodo con eso...

Sara – Solo tienes que levantar el pulgar, ¿no?

Alex – Tal vez para ti, pero para mí. Si me viera levantando el pulgar al costado de la carretera, no estoy seguro de que me detendría. ¿Te detendrás tú?

Ella lo mira.

Sara – Sinceramente, no...

Alex – Entonces, ¿para qué molestarse? Prefiero esperar aquí... contigo.

Sara – Como quieras...

Alex – Parece que se está aclarando un poco, ¿no?

Sara – Sí...

Alex – Pero no quiero impedirte que leas...

Sara – Gracias.

Ella retoma su lectura, pero no parece estar muy concentrada. Finalmente guarda su libro. Silencio.

Alex – ¿Qué hacemos aquí en medio de la nada? Me pregunto...

Sara – Estaba en casa de mi madre.

Alex – Lo siento, no era realmente una pregunta. No quería ser indiscreto.

Sara – Perdona, fui yo quien malinterpretó. Te estoy contando mi vida...

Un momento.

Alex – Yo estaba en casa de mi padre. (*Señalando en una dirección*) Vive a unos kilómetros de aquí...

Sara – Mi madre tampoco vive muy lejos, al otro lado. Pero preferiría no volver allí...

Alex mira su reloj.

Alex – 8:35. Todavía tenía la esperanza de que solo estuviera un poco retrasado. Pero no. Lo han eliminado realmente.

Sara – Esperar empezar de nuevo tomando un tren que ya no existe...

Alex – ¿Qué te hace pensar que quiero empezar de nuevo?

Sara – Perdona, hablaba por mí misma... Soy yo la indiscreta.

Se sienta en el banco. Alex duda un poco y luego se sienta también.

Alex – Aunque si tenemos que charlar juntos durante tres horas esperando el próximo tren... no nos limitaremos a consideraciones ferroviarias o meteorológicas.

Sara – No estamos obligados a hablar...

Alex – No, en efecto.

Sara – Disculpa, no era eso lo que quería decir, pero... no estoy acostumbrada a hablar con desconocidos.

Alex – Tu madre vive aquí. Mi padre también. Quién sabe, tal vez ya nos hemos cruzado en algún lugar.

Sara – Y además, es cierto, me vendrá bien hablar con alguien.

Alex – Entonces, estabas comenzando de nuevo. Hoy. En este andén. A las 8:30 en punto...

Sara – Se podría decir, sí.

Alex – Al dejar a tu madre...

Sara – Al dejar a mi marido, más bien. Volví a casa de mi madre mientras encontraba un nuevo lugar para vivir. Acabo de conseguir las llaves.

Alex – Las llaves de la libertad...

Sara – ¿Y tú?

Alex – Venía a despedirme de mi padre. Tomaré un avión esta noche a Estados Unidos. Bueno, si logro despegar alguna vez de esta estación que ni siquiera es una estación.

Sara – Así que un nuevo comienzo para ti también.

Alex – Renuncié a mi trabajo. Devolví las llaves de mi departamento. Pasaré un tiempo con un amigo en Los Ángeles. Después veremos...

Sara – Los Ángeles... Parece muy lejos desde aquí...

Alex – Pasé toda mi infancia en esta especie de tierra de nadie, perdida entre dos estaciones, donde casi ningún tren se detiene... Incluso en esa época, me parecía lejos de todo.

Sara – Sí...

Alex – Y justo cuando me voy a descubrir América, aquí estoy varado en este andén como un marinero en marea baja.

Sara – Y la próxima marea es dentro de tres horas...

Alex – No tengo muchas ganas de regresar a casa de mi padre, tampoco. Ya tuve que obligarme a venir a despedirme de él...

Un momento.

Sara – Entonces ambos estamos en un punto de inflexión en nuestras vidas...

Alex – Sí...

Sara – ¿Qué hacías antes de renunciar?

Alex – Era director de marketing en una empresa de informática... (*Un momento*) Sí, lo sé, siempre deja un vacío en la conversación. Por eso decidí renunciar. ¿Y tú? ¿Qué haces en la vida?

Sara – Era maestra... Me tomé una licencia después de mi matrimonio... Acabo de encontrar un trabajo nuevamente.

Alex – Si entiendo bien, no tenemos exactamente la misma idea de lo que es un punto de inflexión.

Sara – ¿Un punto de inflexión?

Alex – Dijiste que ambos estábamos en un punto de inflexión en nuestras vidas. Estoy tratando de cambiar de dirección. Por lo que me dices, más bien parece que para ti se trata de dar media vuelta.

Sara – ¿Lo crees?

Alex – Te vuelves soltera nuevamente y retomas tu antiguo trabajo. Yo renuncio a mi trabajo y salgo en busca de aventuras...

Sara – Es una forma de ver las cosas.

Alex – ¿Realmente crees que podemos retomar el rumbo de nuestras vidas donde lo dejamos hace algunos años? ¿Volver a la encrucijada y probar otro camino después de habernos metido en un callejón sin salida?

Sara – ¿Y tú? ¿Crees que podemos dejarlo todo así nomás y cambiar de vida? ¿Crees que basta con cambiar de continente para convertirse en alguien diferente?

Alex – No lo sé... Siempre puedo intentarlo...

Un momento.

Sara – ¿Tú también vivías aquí cuando eras más joven?

Alex – Pasé toda mi infancia aquí. No puedo decir que sean buenos recuerdos. ¿Y tú?

Sara – Aquí pasé buenos momentos.

Alex – Me aburría tanto en este agujero cuando era adolescente... A veces tomaba el tren de las 8:30, incluso los domingos cuando no había escuela, y volvía de inmediato tomando el mismo tren en sentido contrario.

Sara – ¿Por qué?

Alex – Para mantenerme en movimiento. Para sentir que todavía estaba vivo. Ya soñaba con viajar por el mundo, pero tenía que conformarme con estos absurdos viajes de ida y vuelta en una línea de suburbio.

Sara – Ahora vas a viajar...

Alex – Si este tren tiene la amabilidad de llevarme al aeropuerto... ¿Nunca te has aburrido tú?

Sara – No.

Alex – Debes tener una vida interior muy intensa. Es una cualidad esencial para vivir en un lugar como este. No es la ciudad, pero tampoco es el campo. Algunos trenes por la mañana para ir a la escuela o al trabajo. Algunos trenes por la noche para llevar a la gente a casa, ver un poco de televisión antes de acostarse.

Sara – ¿Y hoy en día ya no te aburres?

Alex – Sí, a menudo. Pero hoy en día, cuando me aburro, tengo la posibilidad de distraerme. Puedo ir al cine. Ver a amigos. Irme de fin de semana. Para engañar al aburrimiento, como se dice...

Sara – Se dice también que es bueno para los niños aburrirse de vez en cuando. Que les permite desarrollar su imaginación.

Alex – Tal vez los niños mimados, cuando están cansados de todos sus juguetes... No, no hablo de un simple aburrimiento pasajero, sino de esa terrible sensación de que tu vida fluye sin ti, para nada. Y que nunca podrás recuperar el tiempo perdido.

Sara – Entonces, ¿a los quince años ya sentías que habías perdido tu vida?

Alex – Créeme, casi me muero de aburrimiento... Odio este lugar... Esta parada era la única manera de salir de aquí. El día en que pude tomar un boleto solo de ida... fue el mejor día de mi vida...

Sara – No tengo la misma experiencia que tú con el aburrimiento... Supongo que fui una niña mimada, como dices...

Alex – ¿Cuál es el mejor día de tu vida?

Sara – No lo sé... Tal vez hoy...

Alex – ¿Porque tomaste un boleto solo de ida...?

Sara – Ni siquiera tengo un boleto... La máquina está descompuesta... Y ahora que ya no hay taquilla...

Alex – Recuerdo a la señora que vendía los billetes. Antes, también se encargaba de la barrera del paso a nivel. Era guarda barrera.

Sara – ¿Guarda barrera?

Alex – Se encargaba de activar la campana y bajar la barrera cada vez que llegaba un tren, con una gran manivela. ¿Te imaginas la responsabilidad? Es un trabajo que ya no existe...

Sara – Nunca he conocido eso... Pero ¿cuántos años tienes en realidad?

Alex – Mi abuela me lo contó. Guarda barrera, ¿te das cuenta? Vivía en una pequeña casa justo al lado de la vía. Debe de haber visto pasar muchos trenes, de día y de noche, sin nunca subirse a uno. Hoy en día, todo es automático... Debe de ser difícil de aceptar ser reemplazado por una máquina...

Sara – Porque pierdes tu trabajo, ¿quieres decir?

Alex – Sí... Pero sobre todo porque te das cuenta de que has pasado toda tu vida haciendo el trabajo que una máquina podría haber hecho.

Un momento de silencio.

Sara – Entonces conoces bien ese tren de las 8:30.

Alex – Lo tomaba todos los días para ir al instituto.

Sara – Yo también. Tenemos más o menos la misma edad. Podríamos haber estado en la misma clase.

Un momento de silencio.

Alex – No estábamos en la misma clase, pero sí estábamos en el mismo instituto.

Sara – ¿Ah sí?

Alex – Y tomábamos el mismo tren todas las mañanas. El tren de las 8:30.

Sara – No lo recuerdo...

Alex – ¿Tu nombre es Michelle, verdad?

Ella vacila un poco antes de responder.

Sara – Sí...

Alex – Michelle Ramírez.

Ella parece vacilar de nuevo.

Sara – Ese es mi apellido de soltera, sí...

Alex – Entonces eres tú.

Sara – Lo siento, no tengo ningún recuerdo de eso.

Alex – Es normal. Tú liderabas la carrera junto con los superdotados en matemáticas. Yo estaba en el pelotón de cola, justo delante del coche escoba.

Sara – La sección económica...

Alex – La sección de los holgazanes. No éramos lo suficientemente buenos en matemáticas ni lo suficientemente ambiciosos para ser médicos o ingenieros, no éramos lo suficientemente literarios ni idealistas para ser profesores o investigadores.

Sara – Entonces, en realidad no te conocías...

Alex – No.

Sara – Pero tú a mí sí.

Alex – Nos cruzábamos en ese andén. En el tren. En los pasillos del instituto. En la cafetería...

Sara – Y conocías mi nombre.

Alex – Digamos que... te había notado, y me había informado.

Sara – Mi nombre, podrías haberme preguntado... ¿Te impresionaba tanto?

Alex – Era muy tímido... Hoy en día lo soy un poco menos...

Sara – O tal vez es que ya no te impresiono tanto.

Alex – En aquel entonces, simplemente hablarte... me parecía completamente imposible.

Sara – ¿Por qué?

Alex – Aunque hubiera encontrado el valor para hablarte, ¿de qué serviría? ¿Cómo podrías haberte interesado en un tipo como yo?

Sara – ¿Me encontrabas tan presumida?

Alex – Más bien inalcanzable, digamos.

Sara – Entonces tenías una opinión muy alta de mí.

Alex – Y una opinión muy baja de mí mismo, seguramente. Eras hermosa, inteligente...

Sara – Si esa frase no estuviera en pasado, la tomaría como un cumplido.

Alex – Para mí eras un ángel. Y no se tiene relaciones con un ángel.

Ella está un poco incómoda.

Sara – En efecto, ahora eres mucho menos tímido.

Alex – Tal vez porque ya no creo en los ángeles.

Sara – Es una lástima.

Alex – Es una cuestión de supervivencia. Después de los quince años, cuando todavía se cree en los ángeles, se va por mal camino en la vida.

Sara – Entonces nunca te atreviste a acercarte a mí...

Alex – Cuando tomaba el tren de las 8:30, solo, los domingos, también era con la esperanza de encontrarme contigo. Por una vez, que estuviéramos los dos solos en el andén, como hoy, y que finalmente notaras mi existencia.

Sara – Si entiendo bien... estabas enamorado de mí.

Alex – Estaba locamente enamorado de ti. Nunca pensé que algún día tendría una conversación tan larga con Michelle Ramírez.

Un momento.

Sara – Ahora lo recuerdo.

Alex – ¿Perdón?

Sara – ¿Cómo te llamas?

Alex – Federico.

Sara – Federico, eso es. Te veía todas las mañanas en el andén. Me preguntaba por qué nunca me habías dirigido la palabra.

Alex – ¿De verdad?

Sara – Pensaba que eras indiferencia. O más bien desprecio. Te encontraba... arrogante.

Alex – ¿Arrogante?

Sara – Presumido, si prefieres.

Alex – Sí, arrogante, entendido. Me sorprende, eso es todo.

Sara – En el tren, leías La Vanguardia.

Alex – Era para darme importancia... y también para poder mirarte por encima de mi periódico sin llamar demasiado la atención.

Sara – En resumen, fue un malentendido. No era tan angelical como parecía, y tú no eras tan presumido como aparentabas.

Alex – ¿En qué se basa la vida...? Al final, podríamos habernos hablado. Tal vez hubiéramos encontrado cosas en común. Podríamos haber salido juntos. Y hoy en día, estaríamos casados...

Sara – Y divorciados...

Alex – Justo antes de la graduación, decidí armarme de valor y abordarte de todas formas, arriesgándome a hacer el ridículo. Unos meses después, ya no estaríamos en el mismo instituto. Tú estudiarías en Madrid...

Sara – Pero no lo hiciste.

Alex – Fue en esa época cuando empezaste a salir con Marco.

Sara – Él no me veía como un ángel...

Alex – De todas formas, no habría funcionado. Te tenía en un pedestal. No creo que te hubiera gustado...

Sara – Y hoy, quince años después, finalmente hablamos...

Alex – Y nos enteramos de que el tren de las 8:30 ya no pasará, que nunca más lo podremos tomar juntos.

Sara – Queda el de las 11:30.

Alex – ¿Crees que es tan simple como eso? Se pierde un tren, se toma el siguiente...

Sara – ¿Por qué no?

Alex – Te lo dije antes, no creo que podamos retomar la historia donde la dejamos quince años atrás. Ya no soy ese adolescente con acné que estaba enamorado de un ángel. Y supongo que tú ya no eres un ángel...

Sara – Nunca fui un ángel. La chica de la que estabas enamorado nunca existió más que en tu imaginación. La verdadera Michelle la tienes frente a ti, y no ha cambiado tanto...

Se acercan el uno al otro. Parecen a punto de besarse cuando se escucha a lo lejos el ruido de un tren que se acerca.

Sara – ¿Crees que es el nuestro?

Alex – Solo hay una línea de todos modos.

Sara – Entonces, ¿no lo habrán eliminado después de todo?

Alex – Parece que no...

El ruido se intensifica. Ambos miran en dirección al tren y luego, a medida que el ruido alcanza su punto máximo, derecho hacia la sala como si el tren pasara frente a ellos. Poco a poco, el ruido disminuye hasta desaparecer por completo a medida que el tren se aleja.

Sara – No se detuvo.

Alex – Era un tren de carga...

Sara – Sí.

Alex – Empiezo a tener sed, ¿y tú?

Sara – No.

Alex – ¿No tienes algo para beber por casualidad?

Sara – Pensé que tomaría un tren con una conexión diez minutos después. No se me ocurrió traer una botella de agua...

Silencio.

Alex – ¿Te casaste con Marco?

Sara – Salimos juntos durante unos meses. Después del bachillerato, nunca más lo volví a ver.

Alex – Un bachillerato que aprobaste con sobresaliente.

Sara – ¿Cómo lo sabes con tanta seguridad?

Alex – Miré tu nombre en la lista de resultados.

Sara – Quería ser médico, como mi padre. Después del bachillerato, me desanimé por completo. Hasta entonces siempre había sido lo que mis padres esperaban de mí. Una buena alumna. Seria, aplicada. No salía. Los domingos los pasaba estudiando. No tenía tiempo para aburrirme. Mi crisis de adolescencia llegó muy tarde...

Alex – Así que no estudiaste medicina...

Sara – Abandoné después del primer año. No me veía seguir estudiando así durante diez años más. Elegí ser profesora.

Alex – Y te casaste con un profesor.

Sara – Me casé con un dentista. Una forma de no decepcionar demasiado a mis padres, supongo... volviendo a conectar con el cuerpo médico a través del matrimonio.

Alex – Pero no funcionó.

Sara – Funcionó... durante algunos años.

Alex – ¿Tienes hijos?

Sara – Esto está empezando a parecer un interrogatorio.

Alex – Tienes razón, no tengo derecho a hacerte todas estas preguntas.

Sara – No quería hijos. No con él, al menos. Eso aceleró nuestra separación. Además de que me estaba engañando...

Alex – ¿Cómo se puede engañar a una mujer como tú?

Sara – Simplemente acostándose con otra mujer. Y tú, ¿estás casado?

Alex – No. Y tampoco tengo hijos.

Sara – ¿Y entonces eres... informático?

Alex – Después del bachillerato, no sabía bien qué hacer. Opté por estudiar informática. Los estudios no eran demasiado largos. Me decían que estaba seguro de encontrar trabajo después. Y de hecho, eso es lo que pasó.

Sara – Pero hoy te vas a Los Ángeles.

Alex – Podría haber seguido así. Gano buen dinero. Me gusta mi trabajo, pero tampoco es una pasión. Un día me dije a mí mismo... o sigues en esa dirección y te despertarás en la edad de jubilación sin haber vivido nada, o sueltas amarras.

Sara – ¿Y por qué Los Ángeles...?

Alex – No lo sé...

Sara – Quizás porque quieres creer de nuevo en los ángeles

Alex – No lo había pensado.

Sara – Te deseo que encuentres uno allí.

Alex – En unos meses, tal vez regrese a casa con el rabo entre las piernas. Le preguntaré a mi antiguo empleador si está dispuesto a tomarme de nuevo. Si no, me inscribiré en la Agencia de Empleo... y en un sitio de citas.

Sara – Al menos lo habrás intentado, y no tendrás nada de qué arrepentirte...

Alex – ¿Tú también sigues en busca de una idea ideal, verdad?

Sara – Pero a diferencia de ti, no dejo todo para irme a la aventura, como bien me has señalado.

Alex – Dejas a tu esposo, eso seguramente es aún más difícil.

Sara – Sí, tal vez...

Alex – ¿Y tú todavía crees en los ángeles?

Sara – No lo sé... Si me veías como un ángel... Y si ya no crees en mí... ¿Puedo seguir creyendo en mí misma?

Momento de indecisión. Se sienten atraídos el uno al otro. Se besan apasionadamente. Luego se detienen, incómodos ambos.

Alex – Nunca pensé que algún día besaría a Michelle Ramírez.

Sara – Después de más de quince años de espera... Espero que no estés demasiado decepcionado.

Alex – ¿Cómo podría estarlo? Estás haciendo realidad uno de mis sueños de juventud.

Sara – La realidad comienza donde terminan los sueños. Y la realidad siempre es decepcionante.

Alex – ¿Eres profesora de filosofía?

Sara – De Ciencias de la Vida y de la Tierra.

Alex – ¿De Ciencias de la Vida y de la Tierra?

Sara – Lo sé... Es un poco como la informática, siempre deja un vacío.

Alex – No, para nada... Bueno, sí, un poco. De hecho, ni siquiera sé exactamente lo que significa.

Sara – En comparación con la filosofía, es mucho más concreto... y por lo tanto mucho más aburrido, supongo.

Alex – Pero aún así quieres volver a ser profesora de Ciencias de la Vida y de la Tierra.

Sara – Es lo único que sé hacer. Pero tienes razón. No se puede retomar la vida donde se dejó varios años atrás. Cuando se pierde un tren, se toma el siguiente. Pero las oportunidades perdidas...

Alex – Entonces, ¿crees que para nosotros también es demasiado tarde?

Sara – Te vas a Estados Unidos esta noche...

Alex – Podrías venir conmigo.

Sara – Irse con una mujer... No creo que sea la idea que tengas de la aventura...

Alex – Podría renunciar a irme.

Sara – No quiero pedirte que renuncies a tus sueños de aventura. Tarde o temprano, serías tú el que me lo reprocharía.

Alex – Ni yo a tu sueño de independencia... Acabas de separarte de tu marido para ser libre.

Sara – Es cierto. A los veinticinco años dejé la casa de mis padres para vivir con mi marido. Nunca he vivido sola. Al menos quisiera saber si soy capaz de hacerlo.

Alex – Empiezo a preguntarme si realmente estábamos destinados a conocernos... Nos encontramos quince años después de esta oportunidad perdida, y todavía no es el momento adecuado...

Sara – Tal vez nos encontremos dentro de quince años en el mismo andén...

Alex – O dentro de cincuenta años en la terraza de una casa de retiro.

Sara – Pero hoy, cada uno partirá por su lado.

Alex – Mientras tanto, nos queda una hora para pasar juntos... Una hora de felicidad...

Sara – Vivir una historia de amor en una hora, desde el encuentro hasta la despedida.

Alex – Una hora o toda una vida, al final, ¿qué diferencia hay? Mejor tomar cada mañana como un nuevo nacimiento y vivir tantas vidas como días hay en nuestra existencia.

Sara – Y después de un tiempo, te darías cuenta de que definitivamente no soy un ángel. Mejor quedarse con una buena impresión.

Se besan de nuevo.

Alex – No eres Michelle Ramírez, ¿verdad?

Sara – No. ¿Por qué? ¿Besaba mejor que yo?

Alex – Nunca la besé. Pero ni siquiera en mis sueños besaba mejor. ¿Por qué me mentiste?

Sara – Parecía importarte tanto... No quería decepcionarte. Por un instante, cumplí tu sueño de juventud...

Alex – Gracias.

Sara – Lo siento, tal vez la encuentres algún día, tu Michelle Ramírez. Ahora con las redes sociales...

Alex – Sí...

Sara – Y ahí está... Solo nos conocemos desde hace una hora, y ya te he decepcionado.

Alex – Sí... Bueno, quiero decir... No...

Sara – Al mismo tiempo, fuiste tú quien me dio pie. ¿Me parezco tanto a ella?

Alex – Sí y no...

Sara – Entonces, ¿cómo supiste que no era Michelle Ramírez...?

Alex – ¿Cómo? Primero porque en este tren, no estaba leyendo La Vanguardia, sino las revistas pop-rock de la época.

Sara – Sí, ahí me solté un poco y sentí que no debería haberlo hecho. La improvisación no es lo mío...

Alex – Y sobre todo porque... Michelle Ramírez no existe.

Sara – ¿Michelle Ramírez no existe?

Alex – Seguro que hay alguna Michelle Ramírez en algún lugar... o incluso varias. Es un nombre bastante común. Pero personalmente, nunca he conocido a ninguna.

Sara – De acuerdo...

Alex – Michelle Ramírez, para mí, ha habido muchas. Chicas de quince años que hacían que el tímido adolescente que era yo fantaseara. Michelle Ramírez, son todas las chicas de las que me enamoré y a las que nunca me atreví a preguntarles siquiera su nombre.

Sara – Entonces ambos hemos mentido.

Alex – ¿No es acaso un poco verdad cuando dos personas quieren creer en una mentira juntas?

Sara – ¿Por qué Michelle? ¿Por la canción de los Beatles?

Alex – Supongo que sí...

Se escucha la canción de Los Beatles.

Sara – Es una linda canción... Pero las letras son un poco cursis, ¿no?

Alex – No lo creo... Hay mucha verdad en las canciones populares, incluso en las más simples. Esta canción siempre me han conmovido... No me preguntes por qué...

Sara – ¿Por qué?

Alex – Habla del tiempo que pasa... De la juventud que se va demasiado rápido... Y con ella los sueños de la infancia...

Sara – Entonces no hay nada de verdad en nuestra historia.

Alex – Pasé mi infancia aquí, eso es verdad.

Sara – Yo también.

Alex – Y también iba al instituto en la ciudad de al lado.

Sara – Como yo.

Alex – Es una coincidencia que nunca nos hayamos cruzado.

Sara – Tal vez nos cruzamos sin saberlo...

Alex – En cualquier caso, no nos llamamos la atención.

Sara – No me sorprende que no me hayas notado. En esa época pesaba alrededor de ochenta kilos, tenía la cara llena de acné, usaba gafas y tenía el cabello grasoso...

Alex – Ya veo...

Sara – Estaba lejos de ser el ángel que describes... En resumen, con esta mentira, yo también cumplí un sueño de juventud. Ser la chica más hermosa del instituto... La más solicitada...

Alex – Ambos somos mentirosos... Eso ya nos da un punto en común...

Sara – ¿Trabajas realmente en una empresa de informática?

Alex – Sí.

Sara – ¿Y realmente te vas a Los Ángeles?

Alex – No... Pero es cierto que a veces lo he pensado...

Sara – ¿Por qué me lo contaste?

Alex – Tal vez porque me gustaría tener ese coraje. Dejarlo todo e irme a la aventura... Y también porque a las mujeres les gustan los aventureros. Y las historias de amor imposibles.

Sara – ¿En serio crees?

Alex – En todo caso, funcionó, ¿no?

Sara – Sí...

Alex – ¿Y tú? ¿Realmente te has divorciado?

Sara – No... Bueno, aún no...

Alex – Entonces, estás casada.

Sara – Sí.

Alex – Pero eres profesora de Ciencias de la Vida y de la Tierra.

Sara – Lamentablemente.

Alex – Sí... Es como ser informático, no es algo de lo que uno se enorgullece.

Sara – No.

Alex – Así que cada uno se inventó un nuevo comienzo.

Sara – Pero ambos nos quedamos en el andén...

Alex – ¿Y si nos fuéramos de todos modos?

Sara – ¿Juntos? ¿A Los Ángeles? Parecería demasiado un viaje de luna de miel.

Alex – Tienes razón, no hay nada que se parezca menos a una aventura que un viaje de luna de miel.

Sara – Y luego olvidas que estoy casada...

Alex – ¿Puedo hacerte una última confesión?

Sara – Adelante.

Alex – Sabía que no había tren a las 8:30.

Sara – ¿Por qué estabas en el andén a las 8:25 entonces?

Alex – Pasaba en coche, te vi caminar hacia la estación con tu maleta. Adiviné que querías tomar ese tren que ya no existe.

Sara – ¿Y luego?

Alex – Aparqué, y vine a esperar en el andén.

Sara – Podrías haberme ofrecido llevarme en coche.

Alex – No habrías aceptado... y además no habría tenido el placer de pasar tres horas contigo.

Sara – ¿Puedo confesarte algo yo también?

Alex – Claro, te escucho.

Sara – Sabía que este tren ya no existía.

Alex – ¿Por qué viniste a esperarlo entonces?

Sara – Tuve una discusión con mi madre, precisamente sobre mi divorcio. Según ella, yo era la culpable. No quería quedarme ni un minuto más allí.

Alex – Entiendo...

Sara – Y te vi estacionar tu auto...

Alex – Entonces no hay absolutamente nada de verdad en esta historia.

Sara – Excepto, tal vez, las ganas que teníamos de encontrarnos...

Se escucha un tren acercándose.

Alex – Ah, esta vez es nuestro tren...

Sara – ¿Ya?

Alex – Sí, yo tampoco vi el tiempo pasar.

Sara – El tren de las 11:30. Creo que nunca lo he tomado.

Alex – ¡Tomémoslo juntos!

Sara – Me dijiste que estabas en auto...

Alex – Sí, pero siempre soñé con tomar el tren contigo.

Sara – No tengo boleto...

Alex saca dos boletos y se los muestra.

Alex – Te invito yo.

Sara – ¡Entonces, vamos!

Negro.

Luz.

El mismo andén. Él está allí. Espera, leyendo un libro. Ella llega. Ninguno de los dos lleva equipaje.

Sara – Ya no hay tren a las 8:30... ¿Ya lo olvidaste?

Alex – No.

Sara – ¿Entonces qué esperas?

Alex – Tal vez tú...

Sara – ¿Yo?

Alex – Si apareciera otro pasajero, solo podría ser tú.

Esperan juntos, sin mirarse.

Sara – ¿Cómo está tu hermano?

Alex – ¿Mi hermano?

Sara – El que perdió un zapato en medio de las vías... y que sin tu intervención heroica, habría sido atropellado por un tren al regresar para recuperarlo.

Alex – Ah, sí... Ese...

Sara – ¿Porque tienes varios hermanos?

Alex – Soy hijo único.

Sara – Entonces, había un mensaje oculto en esa parábola.

Alex – Cuando dejamos algo atrás, nunca debemos volver para tratar de encontrarlo. Al menos, eso es lo que pensaba hasta ahora...

Sara – ¿Tu nombre es realmente Federico?

Alex – No.

Sara – Entonces ni siquiera conozco tu nombre.

Alex – ¿Cómo te gustaría llamarme?

Ella finge pensar.

Sara – ¿Alex?

Alex – ¿Por qué no? ¿Uno de tus amores de juventud?

Sara – No, pero creo que te queda bien. ¿Y yo? ¿Qué nombre me darías hoy?

Él piensa por un momento.

Alex – Sara.

Sara – Entonces, para ti seré Sara. Al menos durante esta representación...

Alex – ¿Crees que habrá otras?

Sara – Tantas como queramos. Tantas como días hay en el año. Y tantos como trenes hay en esta línea. Porque somos fabuladores.

Alex – Actores, más bien. Desde pequeño, inventaba montones de historias inverosímiles. Mi padre no paraba de repetirme: qué actorazo este niño. No creo que fuera un cumplido, pero probablemente fue en esa época cuando nació mi vocación.

Sara – A mí mi madre siempre me repetía: la mentira es un feo defecto. Así que durante mucho tiempo me esforcé por corresponder a lo que los demás consideraban como mi verdad.

Alex – Mentir es lo mejor que hemos encontrado para aquellos que no quieren conformarse con una sola verdad.

Sara – Y cuando uno hace de la mentira su profesión, se convierte en estafador o actor. ¿Qué estás leyendo?

Alex – Encuentro en un andén. Es el libro que estabas leyendo cuando nos conocimos.

Un momento.

Sara – ¿Cuánto tiempo ha pasado...?

Alex – Pareció una eternidad.

Sara – Parece que fue ayer.

Alex – ¿Ayer...?

Sara – Hace un año, quizás...

Alex – Entonces es una especie de aniversario.

Sara – Sí. El primer aniversario de nuestro encuentro.

Alex – Y de nuestra separación...

Sara – Es cierto, no te he vuelto a ver desde entonces.

Alex – Al final, me fui a Los Ángeles.

Sara – Pero has vuelto...

Alex – No hay ningún ángel en Los Ángeles. En todo caso, no he conocido a ninguno.

Sara – ¿Y tu jefe te volvió a contratar?

Alex – No le he preguntado.

Sara – Pero te has registrado en un sitio de citas...

Alex – En cuanto a las citas, prefiero los sitios más insólitos.

Sara – Como los andenes de estación...

Alex – Y preferentemente a la hora en que no hay trenes anunciados.

Sara – Así que ya no trabajas en informática.

Alex – Estoy desempleado, por primera vez en mi vida. Es una experiencia llena de enseñanzas. Te permite saber en quién realmente puedes confiar a tu alrededor...

Sara – Estoy segura de que tienes planes.

Alex – Me inscribí en una escuela de arte dramático.

Sara – ¿Una escuela de arte dramático?

Alex – Hice un poco de teatro en la escuela secundaria. La idea se fue gestando en mi cabeza en Los Ángeles. Todavía no me sentía listo para Hollywood, así que volví aquí y me inscribí en una escuela de teatro.

Sara – Ves, nunca es demasiado tarde para encontrar tu verdadera vocación. ¿Y has vuelto por aquí?

Alex – Por ahora, estoy viviendo con mi padre. Cuando decidimos volver a la infancia, hay que saber hacer concesiones... ¿Y tú?

Sara – Seguí tu consejo. Me divorcié.

Alex – No recuerdo haberte dado consejos propiamente dichos. Pero te mentiría si te dijera que este divorcio me duele.

Sara – Yo también volví a estudiar.

Alex – ¿Medicina?

Sara – Teatro.

Alex – ¿En serio?

Sara – En la misma escuela que tú, tal vez.

Alex – Entonces seguramente nos encontraremos allí.

Sara – Nos encontraremos en este andén, en todo caso.

Alex – ¿No me digas que tú también has vuelto a vivir con tu madre?

Sara – ¿Realmente fuiste a Los Ángeles?

Alex – Tú tenías razón. No tiene sentido ir hasta el fin del mundo para encontrarse a uno mismo. Es mejor volver sobre nuestros pasos e intentar entender dónde nos perdimos.

Sara – Sí, tal vez...

Alex – ¿Realmente te divorciaste?

Sara – Nunca estuve casada.

Alex – Finalmente vamos a hacer realidad nuestro sueño. Tomar el tren juntos para ir a la escuela.

Sara – Sí... Una escuela de teatro.

Alex – Tal vez algún día actuemos juntos en la misma obra.

Sara – ¿La que escribirás tú?

Alex – Podemos escribirla juntos.

Sara – ¿Por qué no?

Alex – ¿Me dejarás tu número...?

Sara – ¿Un número falso entonces? Un número de teatro...

Alex – Si no, seguimos confiando en la providencia...

Ella se acerca y lo abraza.

Sara – Decidí no confiar más en el azar.

Alex – Tienes razón... Es menos romántico, pero es más seguro.

Se besan. Se escucha a lo lejos el ruido de un tren acercándose.

Alex – Parece que esta vez viene...

Sara – ¿El tren de las 8:30? Pensé que ya no existía...

Alex – Sí, es curioso...

Ella lo mira. Sonríen. El ruido del tren acercándose aumenta. Luego disminuye hasta volver al silencio.

Sara – No hemos visto pasar ningún tren...

Alex – Sin embargo, lo hemos escuchado.

Sara – ¿Un tren fantasma...?

Alex – El fantasma del tren de las 8:30.

Sara – Me pareció ver una sombra detrás del mostrador cuando llegamos.

Alex – El guarda barreras...

Sara – Es extraño.

Alex – Muy extraño.

Sara – Al mismo tiempo, no es realmente una estación de tren...

Alex – No. Se parece más a...

Sara – Un escenario de teatro.

Él le muestra su libro.

Alex – ¿Conoces tu texto de memoria?

Sara – De cabo a rabo. ¿Y tú?

Alex – Todavía me equivoco a veces.

Sara – Yo también...

Silencio. Cada uno de ellos se sumerge en su libro titulado "Encuentro en un andén". Alex es el primero en interrumpir.

Alex – ¿Sabes cuál es mi momento favorito en el teatro? Como espectador, digo...

Sara – ¿Cuando finalmente cae el telón y sabes que la tortura ha terminado?

Alex – No.

Sara – ¿El entreacto, durante el cual siempre tienes la posibilidad de escaparte si el espectáculo es realmente aburrido?

Alex – El momento en el que esperamos en la sala antes de que se apague la luz y comience el espectáculo. No sabemos qué veremos. Todo es imaginable. Nos decimos que vamos a pasar un momento maravilloso.

Sara – Aunque la mayoría de las veces nos aburriremos durante dos horas.

Alex – La vida, al principio, es como una obra de teatro cuando se levanta el telón.

Sara – Descubrimos el escenario. No sabemos en absoluto qué va a pasar. Pero nada nos impide tener esperanza.

Alex – Por eso siempre tenemos nostalgia de nuestra infancia, porque es la edad de todas las posibilidades.

Sara – ¿Incluso si esa infancia fue infeliz y luego fuimos muy felices?

Alex – Una vida, incluso cuando tiene éxito, sigue siendo una rendición. Una renuncia a todas las otras vidas posibles. ¿Sabes lo que más odio en el teatro?

Sara – ¿El tipo de dos metros que espera hasta el último minuto para sentarse justo delante de ti?

Alex – No.

Sara – ¿La mujer gorda que llega tarde y obliga a toda una fila de espectadores a levantarse porque insiste en sentarse justo en el medio?

Alex – Las personas que esperan las primeras líneas de la obra para apagar su teléfono celular, en lugar de hacerlo unos minutos antes de que se levante el telón.

Sara – Sí... Es como si en misa esperáramos el momento en que el cura te entrega la hostia para sacar el chicle de su boca.

Alex – No se me hubiera ocurrido esa comparación, pero sí... El teatro es una comunión. Antes de que se encienda la luz y comience el espectáculo, todos necesitamos un momento de silencio para desprendernos de nuestra rutina. Con la esperanza de que la ficción supere la realidad.

Sara – El teatro es a la realidad lo que el deseo es al amor. Una promesa que sabemos que no se cumplirá, pero que mientras tanto nos hace vibrar.

Alex – Entonces retrasemos lo más que podamos el momento en que el telón se levante sobre nuestro amor.

Silencio.

Sara – ¿Quién eres realmente?

Alex – Tu compañero, si así lo quieres.

La toma del hombro y ella se inclina hacia él.

Sara – ¿Quieres jugar conmigo...?

Alex – Tan pronto como las luces se apaguen. ¿Estás lista?

Sara – Mi celular está en modo avión.

Alex – El mío también.

Sara – Entonces, todo está listo para comenzar.

Alex – ¡Oscuridad!

Oscuridad.

Fin

El autor

Nacido en 1955 en Auvers-sur-Oise, Jean-Pierre Martinez sube primero a las tablas como baterista en varias bandas de rock, antes de convertirse en semiólogo publicitario. Luego fue guionista de televisión y volvió al escenario como dramaturgo. Escribió un centenar de guiones para la pequeña pantalla y más de cien comedias para el teatro, algunas de las cuales ya son clásicos (*Viernes 13* o *Strip Poker*). Actualmente es uno de los autores contemporáneos más interpretados en Francia y en los países francófonos. Por otra parte, varias de sus piezas, traducidas al español y al inglés, están regularmente en cartelera en Estados Unidos y América Latina.

Para los aficionados o los profesionales que buscan un texto para montar, Jean-Pierre Martinez ha optado por ofrecer sus piezas como descarga gratuita desde su sitio La Comédiathèque (comediatheque.net). No obstante, toda representación pública está sujeta a autorización ante la SACD.

Para aquellos que sólo deseen leer estas obras o que prefieran trabajar el texto a partir de un formato libro tradicional, se puede pedir una edición en papel de pago en el sitio The Book Edition o Amazon a un precio equivalente al coste de fotocopia de este fichero.

Comedias de Jean-Pierre Martinez traducidas en español

Comedias para 2

Cara o Cruz
El Joker
El Último Cartucho
EuroStar
La ventana de enfrente
Los Náufragos del Costa Mucho
Nochevieja en la morgue
Preliminares
Zona de Turbulencias

Comedias para 3

13 y Martes
Crash Zone
Cuidado frágil
Plagio
Por debajo de la mesa
Un pequeño asesinato sin consecuencias

Comedias para 4

Amores a Ciegas
Apenas un instante antes del fin del mundo
Crisis y Castigo
Cuarentena
Cuatro Estrellas
Después de nosotros el diluvio
El yerno ideal
Foto de Familia
Strip Poker
Un Ataúd para Dos

Comedias para 5 o 6

Bien está lo que mal empieza
Crisis y Castigo
Pronóstico Reservado
Sin flores ni coronas

Comedias para 7 a 10

Bar Manolo
Milagro en el Convento de Santa María-Juana
El pueblo más cutre de España

Comedias de sainetes (sketches)

Breves del Tiempo Perdido
Ella y El, Monólogo Interactivo
Muertos de la Risa

Todas las piezas de Jean-Pierre Martinez son libremente descargables desde el sitio comediatheque.net

*Este texto está protegido por las leyes relativas a los derechos de propiedad intelectual.
Toda falsificación es punible con condena de
hasta 300.000 euros y tres años de prisión.*

Aviñón – Abril 2023

ISBN 978-2-37705-921-8

© La Comédiathèque

Obra descargable gratuitamente.